

BREVES DIVAGACIONES UNAMUNIANAS

Día de Pascua 1956. Todo el pasado mes de marzo he estado enfermo. Hoy apenas si he recobrado parte de mi vigor físico. El vigor intelectual, empero, no ha fallado ni un minuto. Quiere esto decir que, leyendo, traté de luchar con el mal que me agobiaba el cuerpo.

Tengo, entre los libros que se salvaron del último naufragio —al dejar París por la Tebaida de Pau—, la edición de Claudius Claudianus por Koch (1893). Natural de Alejandria, es el último de los poetas clásicos de Roma. Gibbon (*Decline and Fall*, tomo II de la ed. de 1847, 204, seg.) escribió que despliega «las ventajas de una mente adornada, una imaginación fecunda, una expresión fácil y enérgica y una versificación siempre abundante y armoniosa». Pues bien, los primeros versos de su generosa invectiva contra Rufino merecen citarse:

*Saepe mihi dubium traxit sententia mentem:
curarent Superi terras, an nullus inesset
Rector, et incerto fluerent mortalia casu...*

Mas ¿por qué no dar, en fiel versión francesa, aquel paso todo? «Mon esprit agité s'est vu souvent dans le doute: si le monde était gouverné par les dieux, ou s'il n'y en avait aucun et si les choses d'ici-bas flottaient au gré du hasard. Lorsque je faisais attention aux biens qui unissaient les parties de l'Univers, aux bornes prescrites à la mer, aux révolutions constantes des saisons, aux vicissitudes du jour et de la nuit, j'étais convaincu que tout est conduit par une intelligence, dont la loi suprême dirige le mouvement des astres, fait naître en différents temps les productions de la terre, asservit les phases de la lune

à une lumière étrangère, tient les eaux resserrées entre leurs rivages et la terre suspendue sur son axe. Mais, quand je considérais de quelles épaisses ténèbres sont enveloppés les événements qui font le sort des hommes et que le crime est heureux, tandis qu'une longue suite de malheurs accable la vertu, ma religion commençait à s'affaiblir et je me sentais entraîné malgré moi dans la secte de ces philosophes qui soutiennent que les principes de toutes choses naissent dans l'immensité du vide et que les êtres formés par leur concours sont l'ouvrage, non de la Providence, mais du hasard, qui nient l'existence des dieux ou qui n'en admettent que d'indifférents pour ce qui nous regarde, ou d'incapables d'y rien connaître...»

Claudianus, hombre del siglo V, fué sacado de sus dudas por el caso de Rufino, cuyo castigo, dice, vino a justificar a los dioses (*op. cit.*, II, 174, 199, 206):

*Abstulit hunc tandem Rufini poena tumultum
absolvitque deos: jam non ad culmina rerum
injustos crevisse queror. Tolluntur in altum,
ut lapsu graviore ruant...*

(*In Rufinum*, 11, 405-408.)

Me abstendré de calificar el valor de semejante «prueba»: en tales materias las armas de la razón pierden su eficacia y el sentimiento triunfa. Díganlo, si no, los que en este día de Pascua meditan sobre la resurrección del Hijo de Dios conforme la relatan los textos evangélicos y se dejan llevar del llamado «espíritu crítico» y reniegan del *credo quia absurdum*...

En su conclusión a *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, confesaba Unamuno que su obra (iba a decir: que su misión) consistía en romper la fe de los unos, de los otros y de los terceros: la fe en la afirmación, la fe en la negación, la fe en la abstención, y esto por la fe que tenía en la mismísima fe. Y añadía—en aquel libro que lleva la fecha: *Salamanca, 1912*—que era su propósito combatir a cuantos se resignen a ser católicos, racionalistas, agnosticistas, ya que quería que todos viviesen inquietos y anhelantes.

En el prólogo, que, con fecha: *Salamanca, 1913*, compuso

para la versión italiana—por G. Beccari, Firenze, *La Voce* (1)—, se lee: «Forse in molti dei miei lettori risveglierà una certa ripugnanza la mia posizione di fronte al problema della morte e della mortalità, e più che la mia posizione di fronte ad esso, il mio ardore nell' esaminarlo; ma credo pure che l'angoscia che rivelo in queste pagine non sia niente di specificamente cattolico o di spagnolo. E l'angoscia, in minore o maggior grado, di tutti gli uomini che sentono. E dalle citazioni di egregi Italiani che qui figurano, potrà vedere il lettore che non è l'Italia il luogo da cui sono venute meno voci e voci meno angosciose col lamento eterno: basti ricordare Leopardi. I problemi che qui agito più che non fatti, sono i perenni problemi, mai risolti. Né mai lo saranno, perché tutte le volte che la ragione crede d'averli risolti, la vita ce li pone nuovamente davanti, non volendo sottomettersi alla ragione, ma che questa le si sottometta...»

Así es como, durante mi enfermedad, me hizo Claudiano, *per via non troppo dritta*, pasar a don Miguel... Pero no: creo que fué don Julián Marias el agente responsable de aquella mi desviación. Efectivamente, leyendo, cierta noche, viejos números de *Insula*, di en el de 15 de mayo de 1955, con el artículo—de la rúbrica: *Plaza Mayor*—titulado «Nuestra imagen de la vida» (2), en que el señor Marias traía a colación a Unamuno en un paso que dice así: «Frente al afán de «singularidad» que dominó a los románticos y a los «inclasificables» de fines del siglo XIX: Ganivet, Unamuno y sus homólogos en otros países, existe la convicción de que hay que ser «como todo el mundo» y esto contribuye a la unificación. El romántico pretendía ser único, y, por tanto, «incomprendido», y por eso...» No sigo en la enumeración, en que resalta el contraste entre el tipo unamunescos y el de «nuestra época», en la que «parece incorrecto, o ilusorio, o burgués, no ser como todo el mundo y ni siquiera en el

(1) Antes de publicarse, en 1923, por *La Voce*, había salido ya en 1914 el primer tomo de aquella obra en Milano, Libreria Editrice Milanese. En 1923 se le puso nueva cubierta, con la firma de la Sociedad Editorial florentina. El tomo II salió en 1924, en Florencia, en la versión de G. Beccari y O(dardo) C(ampa), Director de la *Biblioteca di Filosofia Contemporanea*. La versión francesa salió en 1917.

(2) Leí en la revista barcelonesa *Ideas* otro artículo del mismo autor, también lleno de paradojas: «Eso que se llama angustia.» No recuerdo ahora en qué número.

amor se atreven muchos a reclamar la singularidad: *chacun aime sa chacune*, dice un personaje de Simone de Beauvoir».

Las paradojas del artículo aquel me hicieron recordar que en noviembre de 1955—era en el número del jueves 17—había leído un artículo del mismo escritor en la primera plana del diario matritense *A B C*: «Morir con los ojos abiertos», tres densas columnas en que se afirmaba que «Unamuno se interesó por el maestro Venegas», que «dos veces en distintas épocas de su vida», recordó un paso típico de la *Agonía del tránsito de la muerte* del toledano maestro, y que «expresó su anhelo humano, varonil, entero», de ser dueño de su muerte y dueño también de una paz luminosa, cuando escribió:

Logre morir con los ojos abiertos...
logre morir bien abiertos los ojos...

Aquellos versos se encuentran en el *Romancero del destierro* (Buenos Aires, 1928, págs. 29-30). Don Miguel se ocupó de Alejo de Venegas dos veces: en 1915, en *El Día Gráfico* (Barcelona, 4-X) y en *El Sol*, de Madrid (16-X-1932). Ambos artículos están incluidos por don M. García Blanco en *De esto y de aquello*, tomo I, de su edición de escritos sueltos unamunianos, y a continuación en el volumen V de las *Obras completas*, en Madrid, por A. Aguado. En la obra maestra de don Manuel García Blanco: *Don Miguel de Unamuno y sus poetas. Estudio y antología de poemas inéditos o no incluidos en sus libros* (Filosofía y Letras, tomo VIII, Universidad de Salamanca, 1954, publicado en mayo de 1955, 453 págs.) se alude a la poesía «Logre morir...», en la pág. 299.

De Venegas (o Vanegas) del Busto (1493?, y poco más allá de 1544), lo poco que me quedaba en la memoria era la fecha de publicación de su *Ayuda* (con los *Avisos y Consuelos que cerca della* (es decir, *de la muerte*) *son provechosos*). Era dicha fecha 1537, mas no ignoraba que la obra había sido reimpressa por el padre Miguel Mir en el tomo XVI de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*. Sin embargo, la lectura del artículo de *A B C* vino a colmar algún tanto el vacío de mi espíritu acerca de las condiciones y padecimientos de una «buena muerte» que no podía ser la soñada por Unamuno, la que fué tan diferente de

la de sus anhelos. Dice Marías que es el libro de Venegas, «inquieta-
tante, de extraña elocuencia, a veces premiosa, de pasión más
oculta entre citas latinas de la Escritura». Libro de una época
pretérita, que no puede interesar al lector moderno sino a tí-
tulo de curiosidad. Va dedicado a doña Ana de la Cerda, con-
desa de Mérito, para consolarla de la muerte—o, como dice
Venegas, de la «ausencia temporal»—de su esposo. ¿Quién no
recuerda por lo menos algo de la casa de la Cerda, que descen-
día de Don Fernando, hijo menor de Alfonso X? No voy, pues,
a repetir lo que todos saben. Lo que sí repetiré—después de Una-
muno—son los preparativos que aconseja nuestro buen cristiano
toledano para pasar el trance final, o sea la agonía del tránsito
de la muerte, y huir de los peligros que en aquella hora aciaga
nos acechan, y son, según él, muchos y distintos, conforme a la
compleción o temperamento del moribundo, y también su na-
ción o provincia, ya que tiene cada país sus riesgos distintos
y tentaciones específicas. De España, advierte que el vicio par-
ticular y propio no es uno, mas cuadruplicado: el exceso de los
trajes, el desdén al oficio mecánico, el orgullo de las alcurnias
de los linajes y el no saber, ni querer saber. De modo que ya
tenemos, hace más de cuatrocientos años, una primera imagen,
con su insolidaridad, su inasimilabilidad, de la España «inver-
tebrada»... Empero, entre las tentaciones que pueden acometer
al que va a morir y tiene «temperamento flemático», es la ma-
yor la de que se deje invadir por aquel sueño profundo e inven-
cible que es el más claro precursor del último paso. ¿Acaso no
es ésta la «buena muerte», la más dulce, la más deseable, la
que se ayuda, la que se provoca hoy con los medios más varios:
gotas, pastillas, agujas hipodérmicas y qué sé yo cuántas inven-
ciones si no aprobadas, por lo menos toleradas por los galenos
más ilustres, los que, pretendiendo prolongar la vida del pa-
ciente, lo que hacen es facilitarle la bienaventurada eutanasia?
Ante aquel invencible, profundo sueño, siente el toledano inde-
cible horror, y propone se aplique al moribundo el más eficaz
de los remedios. «No sería, dice, mal consejo que los circuns-
tantes le ayudasen con beneficios exteriores, como son atar
fuertemente con unas vendas los muslos y dende a poco abajar
las ataduras a las pantorrillas y fregarle las piernas con sal

y vinagre, y ponerle a las narices ruda y mostaza molida. Echarle a cucharadas por la boca euforbio trociscado, que tienen los boticarios. E por no dejar remedio alguno trabarán un lechón de la oreja para que gruñá a los oídos del flemático soñoliento, con otros muchos remedios que los médicos suelen dar para despertar del sueño profundo...»

¿Se rebela nuestra sensibilidad de hipercultos de la era de las bombas H al leer semejantes atrocidades propuestas con toda seriedad por un padre de muchos hijos y de vida meditabunda, que gozaba de la amistad íntima del poeta Alvar Gómez, de Ciudad Real, su coetáneo, eminente latinista (*Thalichristia*, 1522; *Musa Paulina*, 1529), cuya traducción métrica de los *Trionfi*, del Petrarca, está inserta en la edición de 1561 de la *Diana*, de Montemayor? Es que no somos, como Unamuno, dotados de un alma medieval. «Sento in me—confiesa en la conclusión de su *Sentimiento trágico* (3)—, un anima medievale, e credo che sía medievale l'anima della mia patria, e che essa abbia attraversato a forza il Rinascimento, la Riforma e la Rivoluzione, apprendendo sí da essi, ma senza lasciarsi toccar l'anima, e conservando l'eredità spirituale di quei tempi che chiamano caliginosi...» Se admite, generalmente, que Unamuno fué uno de los escritores—de la era pretérita, se entiende—que más cerca anduvieron del secreto de las hondas raíces españolas, y se podría ampliar diciendo: ibéricas. Sin embargo, no se puede negar que fueron muchos—a pesar de tantos méritos como su eminente personalidad reunía—los que tenían con él hondos rencores... por amor a España. ¿Sería que no amaba aquel Vasco a la España toda?

Hay dos inquietantes artículos—que había visto señalados por don Manuel García Blanco en el vol. I, pág. 109, de estos CUADERNOS—debidos al hispanista Ronald Hilton, del *Department of Romance Languages*, de Stanford University, California. Sallieron en los números 54 y 55 del *Bulletin of Spanish Studies*, todavía editado por el hace años difunto E. Allison Peers, de la Universidad de Liverpool (4). Hilton, cuidadosamente docu-

(3) Cito el paso por la traducción italiana, no acertando a encontrar por el momento el texto original español. Dicho paso se encuentra en la pág. 200 del tomo de la *Parte Seconda* de la versión de Beccari y Odoardo Campa.

(4) Dichos números son los de abril y julio de 1934, págs. 60-74 y 123-137.

mentado sobre Unamuno, conociendo la mayoría de sus obras, ha escrito un notable artículo y bastante imparcial (aunque parece haber ignorado que «André Corthis» era, en realidad, madame Raymond Lécuyer, poetisa y novelista de valor, y hasta de gran valor psicológico). No voy a extractar el capítulo VII (titulado «Hispania») del trabajo de Ronald Hilton. Las pruebas que en él aduce son numerosas y convincentes. Demuestran que el amor de Unamuno a España era condicionado por prejuicios individuales, no basados en argumentos dignos del juez imparcial... Mas negarle a Unamuno amor y agonía, celo y esperanza por su patria (a la que no supo servir cual convenía) sería injusticia, o ceguera de un espíritu partidista...

Carácter a la vez entero y libre—si bien esclavo de falsos ídolos—, en lucha perpetua con lo que tenía de místico y de hereje, de clásico y de romántico, de funcionario y de anarquista, simboliza Unamuno aquel disconformismo tan característico de su generación. La España que ambicionaba edificar, ¿qué otra cosa podría ser que un esperpento semilírico, semi-rebelde, en rebeldía constante con sí misma y destruyéndose por disconformidad? Triste sino el de aquel varón inescrutable, que en otros tiempos pereciera en una de las hogueras del Santo Oficio; de aquel Prisciliano experto en pajaritas; de aquel Servet ducho en fantasmagorías teológicas; de aquel destructor de Cervantes (para no hablar más que de los tres Migueles hispanos que dejaron nombre en la Historia). Deja a la posteridad la rica enseñanza de su vida, una vida simple y caótica. En cuanto a la enseñanza de su obra, impresa y por imprimir, es también difícil de digerir en su índole de genialidad sin freno...

Concluiré con Ronald Hilton: «The conclusion to be drawn from all this observations is not that Unamuno's reputation is undeserved; on the contrary, he is probably the greatest Spaniard of recent times. It is that his numerous Spanish disciples

El artículo se titula: «Unamuno, Spain and the World». Supongo que Hilton es inglés... Antes de que Sleman sustituyera en Liverpool a Allison Peers, había llenado la vacante William C. Atkinson, ahora en Glasgow, el que me escribía que su «personal acquaintance with Unamuno was slight». Había editado en Inglaterra sus *Recuerdos de niñez y de mocedad* y le había encontrado en el *Ateneo* de Madrid en los primeros años de la República (véase su artículo: «Spain's two Republics» en la *Dublin Review*, enero de 1937). Hay en él artículos (principalmente sobre la guerra civil española) en el *Boletín* de Allison Peers. En 1954 asistió a las fiestas salmantinas.

have been unwise to regard don Miguel as a social and political apostle, instead of seeing that his real greatness lay in the personality which inspires his writings, and in the intuitions which flash out of his pages and shake our sluggish views.»
Tan sólo añadiría yo: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt...*

CAMILLE PITOLLET.

Pau, abril 1956.